

Se enamoraron a los 15, la vida los separó y nunca pudieron olvidarse: el mensaje que los unió 40 años después

08/02/2026



Hay amores que no necesitan convivir, ni casarse, ni siquiera tocarse demasiado para volverse eternos. Amores que quedan suspendidos en el tiempo, **como una canción que suena bajito en la cabeza cada tanto**, incluso cuarenta años después.

Tabaré tenía nueve años cuando llegó a Lanús Oeste, aunque la historia que **todavía hoy le late empieza un poco después**, a mediados de los años 80, cuando el barrio era una extensión de la vereda y las noches se alargaban con chicos sentados en la esquina, mate, risas y alguna radio portátil pasando música. Para un chico que se había criado en Marconi, un barrio marginal de Montevideo, **todo era fantástico**.

Esa noche calurosa de febrero Tabaré volvió tarde. Para un pibe de su edad, volver a la una de la madrugada del domingo era una osadía. Había ido al estadio de Obras a ver al Negro Rada y a Falta y Resto, **fiel a sus raíces uruguayas, incluso viviendo del otro lado del río**. Todavía traía el eco de los tambores en el cuerpo cuando dobló por Río de Janeiro y Formosa y vio la escena de siempre... **salvo por un detalle**.

Había dos chicas.

Una era Roxana, amiga del colegio y del barrio. **La otra era ella: Alejandra**. Y fue suficiente una mirada para que **algo quedara marcado para siempre**. “Se reía muy fuerte, una carcajada muy llamativa, molesta. Pero a mí eso me encantaba. Mis oídos se bloqueaban. Solo la veía a ella”, recuerda agradecido por traer aquel momento a su mente. **“Vivíamos a un par de cuadras y ni sabía que existía”**.



Tabaré caminaba un domingo por la noche cuando se topó con un grupo de chicas. Una era Roxana, amiga del colegio y del barrio. La otra era ella: Alejandra. (Foto: Imagen generada con IA)

Eran preadolescentes, él tenía 15 y ella 13, pero Tabaré ya trabajaba en un taller mecánico. **La infancia no había sido**

fácil. Se crió con su hermana mayor, demasiado joven para hacerse cargo de él, y la violencia convivía puertas adentro en un silencio que nadie más veía. El taller, los amigos y los padres de esos amigos fueron su refugio, su escuela emocional y su forma temprana de madurar.

Alejandra, en cambio, era luz. O al menos así la veía él. La buscaba en las caminatas fingidamente casuales, celebraba cada cruce, cada charla mínima, **cada risa escuchada al pasar.** No se animaba a mucho más. **Le alcanzaba con mirarla.**

Pero Alejandra tenía noviecitos. Y él, **apenas su devoción secreta.**

Los quince años pasaron sin coincidir, hasta que llegó el cumpleaños de Roxana. Un festejo humilde, de esos “tipo asalto”, donde cada uno llevaba algo y nadie llevaba expectativas. **Alejandra no iba a ir: tenía otro festejo. Tabaré se fue temprano, caminó unas casas... y se quedó parado en la puerta.**

Entonces la vio llegar.

Volvió. Esperó los lentos. **Esperó su momento. Se declaró. Y fue rechazado.**

Pero esa madrugada –caprichosa como suelen ser los amaneceres–, mientras George Michael sonaba con su seductor Careless Whisper y ellos se balanceaban bajo esas extrañas maniobras con los brazos tiesos y los corazones galopantes, poses que podrían estar diciendo “quiero pero no tanto”, Alejandra terminó regalándole su primera noche inolvidable: “Fue raro, triste si se quiere, **me había rechazado mientras bailabamos los lentos,** pero como si se hubiera apiadado del momento, o de mi dolor, o tal vez la situación **hizo que en un abrir y cerrar de ojos nos besáramos**”, dice con los ojos cerrados, en un intento de volver a sentir esos labios. **Fueron besos lentos,** torpes, inocentes, de esos que no están atravesados todavía por el deseo adulto sino por una ternura

absoluta. “Los besos más lindos que tuve en mi vida”, **confiesa Tabaré a sus 55 años**, con una sinceridad que conmueve.

Al día siguiente hablaron a solas. Se mimaron. Y ahí terminó todo. Se sentaron en el cordón de la vereda, lejos de todos. No hablaron de lo que había pasado. **Hablaron de cualquier cosa**. Del colegio, de la música, del barrio. Como si nombrar los besos pudiera romperlos.



A los 17 años, Tabaré tomó una decisión extrema: regresó a Montevideo. (Foto: Imagen generada con IA)

La vida, mientras tanto, se volvió más dura. **La violencia en su casa se intensificó**. Su padre, bueno pero ausente, no veía lo que pasaba. Tabaré entendió que quedarse era peligroso. A los 17 años tomó una decisión extrema: **volver a Montevideo**.

Antes, **se despidió**. De los amigos. De las calles. **De Alejandra**.

El 31 de diciembre de 1987 cruzó el Río. Esta vez definitivamente. **Y empezó una historia de amor a distancia hecha de cartas**. Así, las postales con imágenes del Palacio Salvo, la Plaza Independencia, el Teatro Solís y la Rambla viajaban semanalmente a algún buzón de Lanús. En cada una,

Tabaré le contaba a Alejandra sobre Brazo Oriental, su nuevo barrio, y algo que con los años se volvería **una vara imposible**: que todos sus amores serían medidos en comparación con ella.

La vida siguió. Fue padre joven, a los 21. Se separó muchos años después. Alejandra también armó su vida, tuvo un hijo. **Se perdieron, se reencontraron, se volvieron a perder.**

Hasta que en el 2011 un amigo del barrio, de esos que no se pierden nunca, **hizo de puente otra vez**. Se vieron. Hablaron durante horas. Ya no eran los mismos, pero algo seguía intacto: las miradas largas, las sonrisas suaves, la sensación de estar frente a alguien que conoce una versión muy profunda de uno. Pero por cosas del destino se volvieron a perder, y, por lo mismo, **en el 2020 la vida los juntó otra vez**. Hay personas con las que la conexión trasciende todo espacio.

Hoy se escriben por WhatsApp. Se cuentan la vida. Él le confesó que escribe historias de amor anónimas. Ella sabe —siempre supo— que es la inspiración principal. Una vez, en medio de una charla larga, ella le escribió: “¿Te acordás de esa noche?”. Tabaré tardó en responder. “Todos los días”, puso al final. No dijeron nada más.

Con los años, **Alejandra nunca se fue del todo**. Siguió viviendo en la misma casa donde se había criado, esa casa baja de barrio que para él siempre fue una especie de faro. **Hoy está divorciada**. Él, en Montevideo, **tiene otra vida, otra pareja, otra rutina**. Ambos siguieron adelante. Ambos cumplieron. Y, sin embargo, algo quedó detenido en el tiempo: no un cuerpo ni una historia que no fue, sino una esencia. La risa de aquella madrugada, los besos lentos, la versión de sí mismo que todavía no estaba rota.



Luego de que el 31 de diciembre de 1987 Tabaré cruzó el Río, empezó una historia de amor a distancia hecha de cartas. (Foto: Imagen generada con IA)

Tabaré sabe que no hay historia de amor posible en el sentido clásico. No hay planes, ni reproches, ni cuentas pendientes. Son amigos. Amigos de verdad. De esos que pueden sentarse a hablar durante horas sin tocarse, sin incomodidad, con silencios que no pesan. “Tal vez la edad, los tiempos... o tal vez idealicé ese amor”, reconoce él. Siempre fue vergonzoso. Siempre prefirió sentir antes que decir. Y en el fondo, **sigue teniendo una luz de esperanza.**

Su identidad quedó partida entre dos orillas. **Uruguay es su presente, pero Buenos Aires es una patria emocional.** Se crió ahí, se formó ahí, aprendió a sobrevivir ahí. Todavía conserva amistades de la infancia que no se rompieron nunca, como Cristian, al que no llama amigo sino hermano. Con él compartió escuela, barrio, secretos y la certeza de que algunas personas no se reemplazan.

Nunca terminó la secundaria. Empezó a trabajar demasiado temprano. La vida no le dio opción. Pero el trabajo fue su constancia, su modo de pararse en el mundo. También lo fue el ir y venir entre ciudades, **especialmente cuando su padre**

sufrió un accidente en Buenos Aires y él volvió para acompañarlo. En uno de esos regresos, incluso nació su hija en el hospital Rivadavia: **porteña por nacimiento, rioplatense por herencia.**

Hoy, cuando piensa en Alejandra, no piensa en un cuerpo ni en una historia que no fue: “Pienso en una esencia. En la risa de aquella madrugada. **En los besos lentos. En la versión mía que todavía no estaba rota**”, cuenta con nostalgia en su mirada. No hay declaraciones de amor porque no hacen falta. Ella sabe. Él sabe. **Y eso alcanza.**

Tal vez por eso, cuando se encuentren en agosto, **no pase nada extraordinario.** O pase exactamente lo de siempre: **charlas largas, miradas sostenidas, sonrisas que dicen más que cualquier promesa.**

Este agosto, Tabaré va a correr los 21K de Buenos Aires. El 23. **Quedaron en verse.**

Tal vez no pase nada. Tal vez pase todo.



Tabaré actualmente vive en Montevideo. Este agosto, va a correr los 21K de Buenos Aires. El 23. Alejandra y él quedaron en verse. (Foto: Imagen generada con IA)

Porque **hay amores que no necesitan más que eso:** haber sido, seguir siendo, y **no romperse nunca del todo.**

—

*Escribinos y contanos tu historia: amoresverdaderos@artear.com
[@cynthia.serebrinsky](https://www.instagram.com/cynthia.serebrinsky)*

Amores Verdaderos es una serie de historias reales, contadas por sus protagonistas. En algunas de ellas, los nombres serán cambiados para proteger su identidad y las fotos, ilustrativas.

Fuente: TN